

Lauren López
Yera

*La configuración
del sujeto femenino
en la literatura de
autoría masculina:
aproximaciones desde
el género*

La ficción literaria ha legado toda una gama de sujetos femeninos que la crítica ha clasificado en estereotipos o nuevas formas de lo que secularmente se ha entendido por femineidad. Las siguientes reflexiones se ocupan de establecer una serie de tipologías femeninas recurrentes en la literatura de autores masculinos, con el propósito de caracterizarlas y demostrar si dichas configuraciones responden o no a una cosmovisión patriarcal.

Las investigadoras estadounidenses Mary Ellman,¹ Sandra Gilbert y Susan Gubar² han dedicado sus esfuerzos a estudiar las imágenes de la mujer presentes en la escritura masculina de diferentes períodos históricos. Sus investigaciones ponen especial énfasis en subrayar que los textos patriarcales construyen una visión predeterminada de femineidad, que provoca que ciertas caracterizaciones hayan sido arbitrariamente relacionadas con la mujer y aceptadas incondicionalmente por la sociedad. Sin embargo, no es hasta 1981 que Elaine Showalter en su ensayo «La crítica feminista en el desierto»³ define la lectura femi-

¹ Toril Moi: *Teoría literaria feminista*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1988.

² Ídem.

³ Elaine Showalter: «La crítica feminista en el desierto», en Nara Araújo y Teresa Delgado (comp.): *Textos de teoría y crítica literarias (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2001.

nista o crítica feminista como una modalidad de crítica literaria, la cual ha permitido describir las imágenes femeninas presentes en la literatura escrita por hombres,⁴ con el objetivo de cuestionar la construcción estereotipada y machista de la mujer en dicha escritura y de develar formas reivindicativas y antipatriarcales de representación del sujeto femenino.⁵

Estudios más recientes⁶ revelan el gradual interés por esta forma de crítica literaria. En ellos identificar, describir y criticar los estereotipos femeninos establecidos por la ideología patriar-

⁴ Dentro de la crítica literaria feminista existe un amplio debate sobre si existe o no una escritura masculina y una femenina, por lo que mientras algunas autoras plantean que la escritura no tiene sexo, otras defienden la diferencia entre ambas poéticas. En el presente trabajo se asume que existe una diferencia entre la escritura femenina y la masculina. La escritura femenina no solo está hecha por mujeres, sino que se identifica por tomar partido ante el tratamiento de lo femenino, el cual puede ser hegemónico o marginal, tradicional o innovador; además, también se caracteriza, en ocasiones, por un lenguaje diferenciado. Por escritura masculina se entiende a aquellos textos realizados por hombres, donde se reproducen las características del pensamiento y de la sociedad patriarcal, aunque de alguna manera se represente una imagen reivindicativa del sujeto femenino. Es necesario destacar que el hecho de que se distinga entre literatura masculina y femenina, no se debe a una mera diferencia sexual entre sus productores, sino a formas diferentes de procesar y simbolizar el mundo.

⁵ Se considera sujeto femenino toda representación del ser femenino resultante del constructo sociocultural de cada época y territorio, que incluya invariantes no discriminatorias que permitan generalizar sobre la condición femenina, y al mismo tiempo posibiliten la inclusión de las experiencias cambiantes de cada mujer como individuos históricamente contextualizados. El sujeto femenino incluye la diversidad de razas, etnias, clases sociales, opciones sexuales, filiaciones religiosas, rasgos culturales y tradiciones. Forma parte de los sujetos subalternos y posee secularmente conciencia de su alteridad. Ya sea modelado desde la cosmovisión androcéntrica o desde posturas emancipatorias (independientemente del sexo del sujeto de la escritura), el sujeto femenino resultante de las representaciones de la ficción literaria puede ser identificado con tipologías (algunas en calidad de estereotipos y otras como instauración de nuevos prototipos de femineidad).

⁶ «Una lectura arquetípica de los personajes femeninos de *Cien años de soledad*», de Laura Verónica Rodríguez Imbriaco; «Lectura femenina del discurso machista en *Diana* de Carlos Fuentes», de Nacer Ouabbou; «La representación femenina en *Cumpleaños* de Carlos Fuentes», de Laura Sesana; «La construcción contemporánea de las identidades femenina y masculina en dos cuentos colombianos», de Magda Zulena Trujillo Rodríguez; «El tratamiento de los personajes femeninos en *El señor de los anillos*», de Jaume Alberó Poveda; «El personaje mujer en el romancero tradicional», de Juana Rosa Suárez Robaina; «La mujer en el imaginario surreal. Figuras femeninas en el universo de André

cal constituyen los principales objetivos, así como encontrar nuevos matices dentro de las representaciones tradicionales de la mujer en la literatura masculina. Por otro lado, los referidos ensayos demuestran la existencia de tipologías del sujeto femenino recurrentes en la literatura escrita por hombres: la madre, la amada, la *femme fatale*, la prostituta, la mujer célibe, la mujer incestuosa, la mujer sexuada y la mujer violentada. A continuación se caracterizará cada una de ellas.

Tipologías del sujeto femenino más recurrentes: la madre, la amada y la *femme fatale*

El imaginario occidental ha configurado a la madre desde dos discursos diametralmente opuestos: el religioso, que la sacraliza; y el de la ciencia, que la reduce a su condición reproductora. Sobre la base de estos discursos, se ha considerado que la principal y única meta de la mujer es ser madre, rol que debe ser asumido como un deber sagrado, y que le permite su entera realización como sujeto. Esta visión de la maternidad perpetúa la sumisión al varón (padre, esposo, hermanos), la represión de la sexualidad femenina, la falta de control sobre la maternidad, la carencia de poder de decisión, el sacrificio incondicional por los hijos y la estabilidad de la familia, a la vez que la restringe al espacio doméstico.

Victoria Sau en *Un Diccionario ideológico feminista*⁷ define esta categoría como: «Palabra que expresa la relación entre una mujer y su hija o hijo biológico. Relación de origen natural, pero cultural en tanto que observada y nombrada como tal».⁸ Sau resalta que las primeras madres míticas, antes de que se impusiera la ley del falo, eran mujeres solas, independientes, cabezas de familia o clan; sin embargo, la madre en el patriarcado ha sido degradada y definida por los hombres, quienes dictan cómo ha de ser y cómo ha de actuar, relegándola solo a engendrar y ocuparse de los hijos.

Breton», de Juncal Caballero Guiral; «La imagen de la mujer en la obra de Miguel de Carrión: *Las honradas*», de Elena Yedra; y «Female stereotypes in literature (with a focus on latin american writers)», de Jill Savitt.

⁷ Victoria Sau: *Un diccionario ideológico feminista*, Editorial Icaria, Barcelona, 1981.

⁸ *Ibidem*, p. (148).

La literatura, sobre todo la de autoría masculina, reproduce las mencionadas concepciones sobre la maternidad, donde la madre se mueve entre dos polaridades: la maldad extrema y la bondad absoluta. Sin embargo, la literatura escrita por mujeres comienza a reflejar los cambios en el estatus femenino en general y de las madres en particular, razón por la cual se comienzan a otorgar nuevos significados a la maternidad. En la literatura femenina es posible encontrar madres que disfrutaran sexualmente de su cuerpo, que cada noche vuelven a ser vírgenes, mental y espiritualmente, para entregarse a su amado, y cuyos úteros no solo crean vida sino también palabras y poesía.⁹

En las obras de autoría femenina¹⁰ se rompe la relación madre-virginidad y se le da especial importancia al cuerpo de la madre como cuerpo sexuado. De esta manera se destruye el mito sobre la fecundación divina de la virgen que ha conducido a sacralizar a las madres.¹¹

Otras representaciones de la madre que pueden encontrarse en las obras de autoría femenina son: la función reproductora, no necesariamente relacionada con el cuidado y la protección; la maternidad en ausencia del matrimonio, sin que esto constituya un estigma para la mujer; la madre que tiene una exitosa carrera; es decir, configuraciones de la maternidad como una experiencia múltiple y compleja que se opone a reducciones simplificadoras y monolíticas.

La figura de la amada es representada en la tradición literaria como ángel o demonio, *donna angelicata* o *femme fatale*. Ella es adorada y admirada por sus virtudes, o venerada y odiada al mismo tiempo debido al sufrimiento que es capaz de infligir. En ambos casos, esta tipología femenina sufre un proceso de idealización que convierte a la mujer en un ser positivo o negativo, pero siempre digno del hombre que le profesa su amor.

⁹ Mercedes Arriaga: «Alda Merini; la gran madre, la madre terrible, la madre desalmada», en <http://www.escritorasyescritoras.com>.

¹⁰ Al seleccionar como punto de comparación la literatura femenina se hace referencia a obras escritas por mujeres que no reproducen la ideología patriarcal y sus estereotipos.

¹¹ María Esther Quintana Millamoto: «La erotización del cuerpo materno en la poesía de Ana Istarú», en *Casa de las Américas* No. 25, enero-marzo, 2008, Ciudad de La Habana, pp. 120-125.

En la literatura de autoría masculina anterior a los siglos XIX y XX la amada era representada como una mujer imposible de alcanzar o con la cual podía establecerse una relación, pero que siempre terminaba trágicamente. En la literatura medieval esta figura femenina solo es comparable con los ángeles o con cualquier criatura divina, y en la mayoría de las ocasiones se diferenciaba de la esposa y se profesaba por ella un amor platónico.¹²

El ejemplo paradigmático es la Beatriz de Dante Alighieri, la cual representa el amor platónico por excelencia y la idealización máxima de la amada. Ella es la suma de todas las virtudes, es la imagen de la mujer perfecta; tal es así, que es la fuerza que impulsa a Dante a transitar el infierno y el purgatorio para finalmente recibirlo en el cielo y encaminarlo a la presencia de Dios.

Si bien el romanticismo conservó la concepción de la amada como un ser virtuoso espiritualmente, hermoso y débil físicamente, como es la Carlota de *Los sufrimientos del joven Werther*, la literatura del período romántico mostró figuras terribles de la amada que alcanzan su máximo esplendor en el decadentismo francés. De esa manera, la amada se convierte en un ser sexual, que se corresponde con las prostitutas y las mujeres fatales.

Aunque la escritura de autoría masculina ha construido diversas formas de representar a la amada, las imágenes más transgresoras de esta tipología femenina pueden apreciarse en la literatura escrita por mujeres. En esta escritura las mujeres amadas son amadas por otras mujeres, y son concebidas como musas inspiradoras, pero también como creadoras terrenales.¹³ Por otro lado, la amada puede ser representada también como una mujer que ocupa el pensamiento del amante de forma absoluta, de esta forma lo posee y, por lo tanto, lo anula, mostrando un yo que es sumamente posesivo.¹⁴

Si bien la literatura masculina en sus representaciones ha dividido a las mujeres en ángeles o demonios, se ha ocupado de

¹² Charles David Ley: «El amor y la amada en la poesía contemporánea», en http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/02/aih_02_1_035.Pdf.

¹³ Mercedes Arriaga: «Renée Vivien: ese extraño amor», en <http://www.escritorasyescrituras.com>.

¹⁴ Tania Pleitez Vela: «“Debajo estoy yo”». Formas de la (auto) representación femenina en la poesía hispanoamericana», en <http://tesis.com.es/documentos/debajo-estoy-yo-formas-autorrepresentacion-femenina-poesia.pdf>.

diversificar y matizar la pretendida monstruosidad femenina. El estereotipo por excelencia que representa dicha «maldad» es el de la *femme fatale*, el cual resume todas las características que el patriarcado no quería ver reproducidas en sus madres, hermanas, hijas, esposas; pero que igualmente representa porque constituyen la suma de todas sus fantasías eróticas.

La mujer fatal tiene sus antecedentes en la literatura y los mitos de la antigüedad: Eva provoca el destierro del Paraíso Terrenal; Dalila hace caer prisionero al desprevenido Sansón; Elena de Troya desencadena la guerra entre los griegos; Circe engatusa a Ulises y lo desvía de su ruta hacia casa.

En la literatura del siglo XVIII y la primera mitad del XIX aparecen también imágenes precursoras de la mujer fatal. Entre ellas se encuentran Manon Lescaut, protagonista de la novela homónima del escritor francés conocido como Abate Prévost; la Marquesa de Merteuil, la malvada instigadora de *Las amistades peligrosas*; la *Carmen* de Prosper Mérimée, perdición del soldado que por ella se hace contrabandista y después termina asesinandola,¹⁵ entre otras.

El crítico literario italiano Mario Praz ubica el surgimiento de la *femme fatale* en la literatura del romanticismo. En su ensayo *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, el autor plantea que los escritores de este período recrearon mujeres de una belleza profunda, terrible y *contaminada* que se convirtieron en ídolo. Praz también agrega que esta impronta fue heredada por la estética decadente, quien percibe lo femenino como un elemento diabólico y donde el ideal erótico femenino se combina con lo exótico.¹⁶

Las vanguardias literarias del siglo XX privilegian la imagen de la *femme fatale*, describiéndola como una mujer sexualmente insaciable; manipuladora, libre, perversa, letal; femenina hasta el extremo o ambiguamente viril; ávida de poder y que fascina tanto a mujeres como a hombres, seduciéndolos y llevándolos a la perdición. La mujer fatal, además, no tenía descendencia

¹⁵ María Ángeles Cruzado: «El mal tiene nombre de mujer; del Olimpo a la meca del cine», en [http:// www.escriptorasyescrituras.com](http://www.escriptorasyescrituras.com).

¹⁶ Assumpta Camps: «Lilith o Beatrice: la mujer en el fin de siglo. Arquetipos femeninos dannunzianos y su difusión en el modernismo», en [http:// www.escriptorasyescrituras.com](http://www.escriptorasyescrituras.com).

porque no la deseaba y siempre terminaba pagando sus pecados con la exclusión social, la soledad o la muerte.¹⁷

La mujer fatal también es representada en la escritura masculina como la asesina, quien reprime al hombre por celos, histeria, locura o venganza, con lo cual ejerce todas las justicias contra todas las violencias: la privada, la sexual, la social, la económica y la política.¹⁸

Esta tipología femenina ha sido empleada en la literatura masculina «[...] de manera ofensiva contra la imagen plena de la mujer»;¹⁹ sin embargo, la escritura femenina utiliza este estereotipo para reivindicar y describir la verdadera naturaleza femenina. De esta manera, la *femme fatale* en la literatura escrita por mujeres puede transgredir los cánones patriarcales para ser representada como una mujer que seduce a través de su intelecto y su espíritu, no de su cuerpo.²⁰

Además de la *femme fatale*, la prostituta es otra tipología femenina a la cual la literatura e imaginario masculinos le otorga el privilegio de poseer una sexualidad. Sin embargo, la sexualidad de la prostituta no está en función de sí misma, sino que está encaminada a satisfacer los deseos del hombre. Además, ella es concebida como un objeto sexual y mercantil, al cual todos pueden acceder si tienen la suma de dinero necesaria.

La prostitución es definida por Victoria Sau en *Un diccionario ideológico feminista*²¹ como «[...] una institución masculina patriarcal según la cual un número indeterminado de mujeres no llega nunca a ser distribuido a hombres concretos por el colectivo de varones a fin de que queden a merced no de uno solo sino de todos los hombres que deseen tener acceso a ellas, lo cual suele estar mediatizado por una simple compensación económica».²² Por tanto, la prostituta es una mujer libre, libre del matrimonio y de la moralidad correspondiente a las mujeres

¹⁷ Mercedes Arriaga: «Mafarka, el paladín del desprecio», en <http://www.escritorasycrituras.com>.

¹⁸ Josefina Ludmer: «Mujeres que matan», en *Casa de las Américas* No. 202, enero-marzo, 1996.

¹⁹ Osneidy León Bermúdez: «La poesía villaclareña escrita por mujeres desde 1980 hasta la actualidad: acercamiento de género», ob. cit., p. 73.

²⁰ Tania Pleitez Vela: «“Debajo estoy yo”». Formas de la (auto) representación femenina en la poesía hispanoamericana», ob. cit.

²¹ Victoria Sau: *Un diccionario ideológico feminista*, ob. cit.

²² *Ibidem*, pp. 209-210.

«decentes». Sin embargo, está igualmente sometida al tratamiento patriarcal por parte de todo hombre y debe ajustarse a las convenciones sociales correspondientes a su estatus. Sau también afirma que en la antigüedad la prostituta había sido concebida como encarnación de las diosas, pero que pasaron a ser demonizadas y condenadas por los textos sagrados del catolicismo. A partir de ese momento, es representada en la literatura como una devoradora de hombres, mientras que el hombre es considerado una víctima.

La prostituta tiene amplia representación en la literatura de los siglos XVII, XVIII y XIX, donde destacan los personajes Moll Flanders, de Daniel Defoe; Fantine, de Víctor Hugo; Ester, de Honoré Balzac y Bola de Sebo, de Guy de Maupassant. Por otro lado, al igual que la *femme fatale*, la representación de la prostituta alcanza su esplendor en la literatura del decadentismo, donde se convierte en ícono de la moral antiburguesa.

Más tarde este estereotipo femenino será ampliamente empleado por las vanguardias literarias del siglo XX, como resultado de una actitud antirromántica y de una percepción social que considera a toda mujer que se salga de su papel tradicional como desviadas y perversas.²³

Mientras la literatura masculina representa a esta tipología femenina como una mujer víctima del destino, que no puede cambiar su vida y que asume la prostitución como un castigo, como un sino trágico;²⁴ en la escritura femenina esta tipología rompe con los cánones patriarcales. Ejemplo de ello son las obras de reconocidas autoras latinoamericanas como Isabel Allende y Laura Esquivel, donde las prostitutas se introducen en el oficio por poseer deseos sexuales desenfrenados y no por dificultades económicas, como Gertrudis en *Como agua para chocolate*; o son capaces de abandonar la prostitución y labrarse un futuro, como Tránsito Soto en *La casa de los espíritus*.

Otras connotaciones que la literatura femenina brinda a la figura de la prostituta puede encontrarse en la obra de Marguerite Duras. En las novelas de esta autora la prostituta tiene un valor especial, pues se considera la prostitución como una con-

²³ Mercedes Arriaga: «Mafarka, el paladín del desprecio», ob. cit.

²⁴ Mariana Libertad Suárez: «Representación del sujeto femenino en la novela hispanoamericana contemporánea», en *Temas* No. 54, abril-junio, 2008, Ciudad de La Habana, pp. 95-104.

dición de lo femenino, no como una profesión ni nada relacionado con la marginalidad social.²⁵

Con la descripción de tipologías como la *femme fatale* y la prostituta, se ha demostrado que cuando la literatura masculina erotiza el cuerpo femenino generalmente produce imágenes satanizadas de la mujer, que encarnan toda la sexualidad femenina que el hombre desea y a la vez teme y desprecia. Además, el cuerpo femenino erotizado y sexualizado está en función de satisfacer las fantasías masculinas, siempre es objeto, nunca sujeto del deseo.

La literatura escrita por hombres concibe positivamente lo erótico femenino cuando está en función de la reproducción y ubicado en el círculo del matrimonio, mientras que el erotismo y la sexualidad dirigida al placer, sobre todo al placer de la mujer, es una transgresión de lo que debe ser lo femenino. De esta manera, a la vez que el discurso masculino reduce a la mujer a puro cuerpo, le prohíbe ejercer y disfrutar sobre él, le es negado como parte de su desarrollo personal.

La literatura femenina ha querido recuperar el cuerpo de las mujeres para sí mismas, así como sus capacidades sexuales y eróticas, pues a través de la escritura de su cuerpo y de sus capacidades sensitivas puede construir y reafirmar su personalidad e individualidad. Este criterio es compartido por Bethsabé Huamán Andía en su tesis de maestría «Más que cuerpo, más que poesía. Crítica literaria, género y poder: Rocío Silva Santisteban y Coral Bracho»,²⁶ pues afirma que el erotismo es para las mujeres la conquista esencial de su identidad.

En la escritura femenina se configuran mujeres que buscan el goce erótico, que pagan por él si es necesario, que siempre toman la iniciativa y que dirigen sus encuentros sexuales.²⁷ También se representan figuras femeninas que no necesitan de un elemento ajeno que estimule su sexualidad, ya que son capaces de despertar su erotismo sirviéndose de sí mismas, para así satisfacer sus fantasías sexuales en soledad, con hombres o con

²⁵ María Ángeles Cruzado: «Marguerite Duras: el personaje femenino», en <http://www.escriptorasyescrituras.com>.

²⁶ Bethsabé Huamán Andía: «Más que cuerpo, más que poesía. Crítica literaria, género y poder: Rocío Silva Santisteban y Coral Bracho», en <http://www.codex.colmex.mx:8991/.../1GK39CLL6XRSY4FENE4XNIUJ4KX1KX.pdf>.

²⁷ María Ángeles Cruzado: «Marguerite Duras: el personaje femenino», ob. cit.

mujeres. Ellas admiran y disfrutan de sus cuerpos desnudos con el objetivo de derribar la imagen de la mujer pasiva y sumisa, para entonces instaurar una figura femenina que se transforma de víctima sometida en sometedora, para así convertirse en dueña absoluta de su cuerpo y su sexualidad.²⁸

Otras tipologías del sujeto femenino: la mujer célibe, la mujer violentada y la mujer incestuosa

La mujer célibe o la solterona ha tenido variadas representaciones en la literatura de autoría masculina. Esta figura femenina ha alcanzado casi siempre connotaciones negativas, pues no reúne las características que, según la ideología patriarcal, se han considerado fundamentales para la mujer: ser esposa, madre u objeto sexual.

La escritura masculina describe a la solterona como una mujer que generalmente carece de atractivo físico, que nunca logró casarse y que, por tanto, está frustrada en la maternidad y la sexualidad. Es una figura rara, fría, infeliz, y extremadamente religiosa, pero que carece de vida espiritual, de manera que su rol la convirtió en una mujer enajenada de la sociedad que siempre es ridiculizada o compadecida.²⁹

Sin embargo, existen otras configuraciones de la solterona que la alejan de esa creada por algunos escritores. De esta manera, la solterona también puede ser una tía de mediana edad o anciana, generalmente rica, que cuida de sus sobrinos en calidad de madre sustituta, y para los cuales es cálida y amorosa.³⁰

Si bien los estudios sobre la presencia de la mujer célibe o la solterona en la literatura femenina son escasos, resultan ser suficientemente alentadores. Ellos demuestran que esta tipología del sujeto femenino sufre transformaciones significantes en su caracterización con respecto a la literatura de autoría masculina.

A veces la mujer célibe es configurada según los cánones tradicionales: es una anciana rica y virgen. Sin embargo, esta

²⁸ Helen Hernández Hormilla: «Mujeres en crisis», Tesis de Licenciatura en Periodismo, Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana, Ciudad de La Habana, 2008.

²⁹ Jill Savitt: «Female stereotypes in literature (with a focus on latin american writers)», en <http://www.yale.edu/ynhti/curriculum/units/1982/5/82.05.06.x.doc>.

³⁰ Ídem.

solterona puede ser representada como una mujer que vive abrumada por la fantasía del matrimonio y que mantiene una activa vida sexual en solitario.³¹

La solterona también se configura en la literatura femenina como una mujer que ha pasado de los treinta años, independiente y profesional; pero que a pesar de su apariencia de mujer liberada, en el fondo lo que más desea es casarse, sobre todo, para librarse de la presión ejercida por su madre.³²

Este nuevo tipo de solterona es joven, aún no ha perdido la oportunidad de encontrar el amor, aunque se muestre preocupada por no hallar pareja estable y definitiva; ansía el matrimonio para satisfacer sus necesidades románticas, no para convertirse en madre, pues detesta a los niños; y, lo más importante, mantiene una plena vida sexual. Así, la solterona deja de ser una figura trágica que inspira compasión.

Aunque poseen algunas características en común, puede concluirse que la figura asexuada, amargada o amorosa, malvada o maternal que crea la literatura masculina para representar a la mujer célibe, se transgrede en la escritura femenina. En esta literatura, la solterona de alguna manera mantiene una activa vida sexual, puede no desear hijos y es completamente independiente.

La literatura de autoría masculina ha perpetuado una serie de estigmas culturales sobre la mujer que han permitido establecer la violencia de género como un hecho legitimado. La ideología patriarcal ha creado el mito de que la mujer es biológica e intelectualmente inferior al hombre, por lo cual ella debe aceptar todo comportamiento masculino, incluyendo aquellos que impliquen actitudes violentas.

Esta es la causa de que la violencia contra la mujer sea una constante en la literatura escrita por hombres, donde abundan las imágenes de mujeres sometidas a la violencia sexual, física y psicológica; violencia que se ejerce como demostración de la pretendida superioridad masculina, y para reprimir la libertad femenina.

³¹ Sharon Wood: «Narración histórica y la *Camicia Bruciata* de Ana Banti», en <http://www.escritorasyescrituras.com>.

³² María Ángeles Cruzado: «*El diario de Bridget Jones*. Género femenino, discurso masculino», en <http://www.escritorasyescrituras.com>.

La literatura masculina acepta la violencia de género como algo natural: solo es necesario recordar los sacrificios de Ifigenia y Polixena, o el memorable asesinato de Desdémona en manos de su propio esposo.

Otros tipos de violencia son descritos en la novela *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, donde Emma Bovary es víctima de la violencia psicológica ejercida por los hombres que la rodean. Además, madame Bovary sufre una especie de violencia sexual, no porque la fuercen a realizar actos sexuales contra su voluntad, sino porque tiene que ignorar o negar sus necesidades e impulsos sexuales.³³

El futurismo italiano mantiene una actitud abiertamente misógina y patriarcal al representar los personajes femeninos en su literatura. Tal es el caso de su fundador Filippo Tommaso Marinetti, en cuyas obras la mujer debe disfrutar de la violencia masculina y de las vejaciones sexuales, físicas y psicológicas a las que es sometida, y que en realidad están en función de satisfacer los deseos masculinos.³⁴

La violencia contra la mujer también se representa en la literatura de autoría femenina, donde adquiere significaciones diferentes de las otorgadas por la escritura masculina. En esta, la mujer no es un sujeto pasivo ante la violencia que se ejerce sobre ella, sino que es capaz de rebelarse, de denunciar, de responder violentamente al hombre que la oprime. En estos textos se condena la violencia de género, se explora la psicología de la mujer maltratada, se construyen figuras femeninas que cometen actos violentos contra sus congéneres, y donde se establece que la opresión de las mujeres va más allá de un solo hombre, porque se transforma en una metáfora de toda la sociedad.³⁵

El *Diccionario de la Lengua Española* define el incesto como la «[...] relación carnal entre parientes dentro de los grados en que está prohibido el matrimonio».³⁶ Esta prohibición del ma-

³³ Milagros Rojo Guiñazú: «La violencia de género en la literatura. Análisis de un caso de la literatura francesa del siglo XIX: *Madame Bovary* de Gustave Flaubert», en http://www.fazendogenero.ufsc.br/9/resources/anais/1272765035_ARQUIVO_LAVIOLENCIADEGENEROENLALITERATURA.pdf.

³⁴ Mercedes Arriaga: «Mafarka, el paladín del desprecio», ob. cit.

³⁵ Helen Hernández Hormilla: «Mujeres en crisis», ob. cit.

³⁶ *Diccionario de la Lengua Española*, t. II, XXI Edición, Editorial Espasa, Madrid, 2001, p. 1260.

trimonio actualmente (entendido como sinónimo de mantener relaciones sexuales) se extiende a padre e hija; madre e hijo; hermano y hermana; padrastro e hijastra; madrastra e hijastro; padres adoptivos con los respectivos hijos adoptivos; y primos. En la historia de la humanidad el incesto ha sido reprobado legal y socialmente, excepto en algunos casos.³⁷ La prohibición del incesto se basa en explicaciones biológico-genéticas, psicoanalíticas, sociales y demográficas, y provoca que en la actualidad la gran mayoría de las legislaciones del mundo lo considere un *delito*, aunque sea practicado con consentimiento mutuo entre mayores de edad.

Como se ha demostrado el incesto siempre ha sido centro de controversia para el ser humano, razón por la cual ha estado presente en la literatura universal desde sus inicios. Así lo afirma la investigadora cubana Leidy Vidal en el volumen *Vida vs. Crisis. El incesto y la literatura*, quien realiza un recorrido por la literatura de autoría masculina y femenina, y analiza la presencia y significaciones del incesto en las obras.

A través de la escritura masculina, y a partir de obras de autores como Sófocles, Catulo, Shakespeare, Rousseau, Goethe, Lord Byron, Alejandro Dumas, Edgar Allan Poe, y, por supuesto, el Marqués de Sade, se afirma que el incesto ha sido tratado con morbosidad y cierto recelo en la literatura, la cual lo ha mostrado como un rasgo de aberración sólo aprobado por mentes depravadas. Por esta razón, ha sido manejado como estigma y condena de los personajes, quienes pueden sentir, al practicarlo, culpabilidad ilimitada o felicidad desprejuiciada, según su psicología.³⁸

La estética decadentista también incluye en sus temáticas las relaciones sexuales no canónicas, entre las que evidentemente se encuentra el incesto; pero en este caso como fuerza de novedad y de rebelión contra la ley y la moral burguesas.

En la literatura masculina, el incesto muchas veces se realiza a través de la violencia, generalmente de padres sobre hijas, o como hecho consensuado cuando es cometido por her-

³⁷ En las primitivas sociedades matriarcales, en las monarquías del Antiguo Egipto, en los reyes del Tawantinsuyo (donde primaban razones de Estado) // o en la sociedad tibetana. Tomado de Leidy Vidal: *Vida vs. Crisis. El incesto y la literatura*, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2009.

³⁸ Leidy Vidal: *Vida vs. Crisis. El incesto y la literatura*, ob. cit.

manos.³⁹ Sin embargo, al ser representado en la literatura femenina, adquiere connotaciones diferentes. Tal es el caso de «Ana soror...» de Marguerite Yourcenar, donde el incesto entre hermano y hermana se basa en la libertad de violar el tabú; y *La casa del incesto*, de Anaïs Nin, donde la relación incestuosa entre padre e hija se realiza sin ningún tipo de coacción.⁴⁰ Así, a la vez que el incesto se asume en la escritura masculina como una aberración, la escritura femenina lo emplea para desestabilizar las concepciones patriarcales sobre la mujer.

A pesar de la amplia representación que tiene el incesto en la literatura femenina y masculina, no es usual encontrarlo en los estudios de género que se centran en la producción literaria de ambos sexos. Sin embargo, el incesto es ampliamente tratado por las teóricas feministas, sobre todo de formación psicoanalítica, quienes explican que la prohibición del incesto es un mecanismo de poder empleado por la sociedad patriarcal para conservar el orden genérico establecido y mantener a la mujer en un lugar de subordinación.

A partir del análisis desarrollado con anterioridad se estableció una serie de tipologías femeninas recurrentes en la literatura de autoría masculina (la madre, la amada, la *femme fatale*, la prostituta, la mujer célibe, la mujer incestuosa, la mujer sexuada y la mujer violentada), y se realizó la caracterización de cada una de ellas a través de su presencia en la literatura escrita por mujeres y por hombres. Dicha caracterización arrojó como conclusión que la literatura masculina ha tendido a construir estereotipos femeninos que responden a las oposiciones binarias (activo/pasivo, fuerte/débil, útil/hermoso, objeto/sujeto del deseo), donde la mujer es signada con connotaciones negativas y transformada en un ser incompleto, incapaz de encargarse de su destino y de sí misma. Por otra parte, las posiciones antipatriarcales sobre el sujeto femenino se localizan en la literatura femenina, mientras que en la literatura escrita por hombres dichas posiciones son más escasas y se encuentran, fundamentalmente, en la literatura más reciente.

³⁹ Ídem.

⁴⁰ Ídem.